

“Cuatro visiones de la clase obrera: Pío Baroja, Unamuno, Valle-Inclán y Machado”

Matías Escalera Cordero

Los miembros de la Generación del 98, es sabido, poco tenían que ver con la naciente clase obrera industrial, aunque algunos de ellos, especialmente durante su juventud, se relacionaron con los círculos anarquistas, el caso de Baroja y Azorín, y los socialistas, el de Unamuno; sin embargo, a lo largo de su obra, más allá de sus posiciones públicas, todos dejan entrever, por activa o por pasiva, una visión personal del mundo del trabajo, de la clase trabajadora y de sus miembros.

Cuando se propuso el tema del movimiento obrero como idea motivadora de estas jornadas, en seguida pensé en esta particular relación del 98 con el proletariado. Y una forma entretenida de adentrarnos en esa relación es someter a análisis a algunos fragmentos y escenas claves de sus obras centrales: comenzando con el final de la novela *La busca*, de Pío Baroja; siguiendo con el encuentro entre el joven anarquista catalán y Max Estrella, en *Luces de bohemia*, de Valle Inclán; luego, con la conversación entre don Manuel Bueno y Lázaro, en *San Manuel Bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno; hasta concluir con la glosa de algunas de las referencias que don Antonio Machado hace, en sus artículos del *Mairena* de la guerra, al proletariado industrial y a la clase obrera, en general.

1

La primera de las novelas que constituyen la trilogía de “La lucha por la vida”, de don Pío, *La busca*, termina de un modo, a mi parecer genial, y muy significativo, desde todos los puntos de vista; con el personaje, Manuel, volviendo a casa de madrugada, después de haber vivido, una vez más, intensa y dramáticamente el mundo de los márgenes sociales y de la noche madrileña, mientras los trabajadores, los habitantes del día, afluyen al centro de la ciudad a ocupar sus lugar en el mundo del trabajo.

«... El señor se lamentaba del abandono en que se les dejaba a los chicos, y decía que en otros países se creaban escuelas y asilos y mil cosas. El municipal movía la cabeza en señal de duda. Al último resumió la conversación, diciendo con tono tranquilo de gallego.

- Créame usted a mí: éstos ya no son buenos.

Manuel, al oír aquello, se estremeció; se levantó del suelo en donde estaba, salió de la Puerta del Sol y se puso a andar sin dirección ni rumbo.

«¡Éstos ya no son buenos!» La frase le había producido impresión profunda. ¿Por qué no era bueno él? ¿Por qué? Examinó su vida. Él no era malo, no había hecho daño a nadie. Odiaba al Carnicerín porque le arrebatava su dicha, le imposibilitaba vivir en el rincón donde únicamente encontró algún cariño y alguna protección. Después, contradiciéndose, pensó que quizá era malo y, en ese caso, no tenía más remedio que corregirse y hacerse mejor.

Embebido en estos pensamientos oyó, al pasar por la calle de Alcalá, que le llamaban repetidas veces. Era la Mellá y la Rabanitos, acurrucadas en un portal.

- ¿Qué queréis? -las dijo.

- Na, hombre, hablarte. ¿Has heredado?

-No; ¿qué hacéis?

- Aquí filando -contestó la Mellá.

¿Pues qué pasa?

- Que hay recogida, y ese morral de *ispetor*, a pesar de que le pagamos, nos *quie* llevar a la delega. ¡Acompáñanos!

Los últimos recortes de la noche van desapareciendo.

Manuel las acompañó un rato; pero una y otra se fueron con unos señores y él quedó solo. Volvió a la Puerta del Sol. **La noche le pareció interminable:** dio vueltas y más vueltas; apagaron la luz eléctrica, los tranvías cesaron de pasar, la plaza quedó a oscuras. Entre la calle de la Montera y la de Alcalá iban y venían delante de un café, con las ventanas iluminadas, mujeres de trajes claros y pañuelos de crespón, cantando, parando a los noctámbulos: unos cuantos chulos, agazapados tras de los faroles, las vigilaban y charlaban con ellas, dándoles órdenes...

Luego fueron desfilando busconas, chulos y celestinas. Todo el Madrid parásito, holgazán, alegre, abandonaba en aquellas horas las tabernas, los garitos, las casas de juego, las madrigueras y los refugios del vicio, y por en medio de la miseria que palpitaba en las calles, pasaban los trasnochadores con el cigarro encendido, hablando, riendo, bromeando con las busconas, indiferentes a las agonías de tanto miserable desharrapado, sin pan y sin techo, que se refugiaba temblando de frío en los quicios de las puertas.

Quedaban algunas viejas busconas en las esquinas, envueltas en el mantón, fumando...

Tardó mucho en aclarar el cielo; aun de noche se armaron puestos de café; los cocheros y los golfos se acercaron a tomar su vaso o su copa. Se apagaron los faroles de gas. Danzaban las claridades de las linternas de los serenos en el suelo gris, alumbrado vagamente por el pálido claror del alba, y las siluetas negras de los traperos se detenían en los montones de basura, encorvándose para escarbar en ellos. Todavía algún trasnochador pálido, con el cuello del gabán levantado, se deslizaba siniestro como un búho ante la luz, **y mientras tanto comenzaban a pasar obreros... El Madrid trabajador y honrado se preparaba para su ruda faena diaria.**

Aquella transición del bullicio febril de la noche a la actividad serena y tranquila de la mañana hizo pensar a Manuel largamente. Comprendía que eran las de los noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas que no llegaban ni un

momento a encontrarse. Para los unos, el placer, el vicio, y la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía de ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra.»

La voz narradora / o Manuel / parece que decide / se decide por el mundo del día, del “honrado” mundo del trabajo. Esta aproximación y simpatía del Baroja de *La busca*, no es política, es esencialmente motivada por una visión idealizada y pequeñoburguesa del pueblo trabajador; esto es, de base fundamentalmente emocional, pero distante, que predominará, luego, incluso, en *Aurora roja*, la última de las novelas de esta trilogía fundamental.

Las tres novelas son esenciales para entender las relaciones de Baroja con el movimiento obrero organizado; pero es en *Aurora roja* donde aparecen noveladas y conviven las distintas tendencias del movimiento obrero de la época, desde las más proclives a la participación política, hasta las más rabiosamente revolucionarias.

Hay siempre, en el novelista vasco, como un “escamoteo ideológico”, tal como dice Tuñón de Lara, entre la exposición realista de la miseria y de las injusticias que azotan a los trabajadores y la determinación telúrica, cultural o puramente “existencial” de sus causas, obviando las causas primeras, de carácter material e histórico. La distancia y deriva pequeñoburguesa que define a Manuel, el personaje, no es otra que la que caracteriza y caracterizará al propio Baroja toda su vida, que explica no solo su conducta durante la guerra y la posguerra españolas, sino también su fallida interlocución con Malatesta y Durruti, cuando los visite, a uno, en Londres, y, al otro, en la cárcel del Pópulo de Sevilla¹, en 1933.

¹ Durruti, en una carta del 3 de junio de 1933, se refiere a la visita de Baroja:

«Pío Baroja, cuando vino a verme a la cárcel de Sevilla me decía: “Es terrible lo que hacen con ustedes”, y yo le pregunté qué posición cree, don Pío, que debemos adoptar nosotros frente a estas arbitrariedades. No supo qué contestar. Luego he leído un artículo de él en *Ahora*, que es la contestación que no se atrevía a darme a través de las rejas».

Esa contestación va implícita en el artículo “Latifundio y comunismo” (*Ahora*, 23/IV/1933)

«Esto pensaba el otro día aquí, en Sevilla, cuando fui a hablar en la cárcel del Pópulo, vieja, sucia y pintoresca, una cárcel del tiempo de Merimée, con los anarquistas presos. Estos se hallan detenidos por haber hablado con violencia en un mitin. Los vi desde el locutorio, a lo lejos, entre las rejas, como fieras enjauladas. Estaban Durruti, Ascaso, Pérez Combina, Zimmerman, Paulino Díaz y otros muchachos jóvenes. Como los anarquistas son discutidores, comenzaron a discutir conmigo. Hablaban con entusiasmo de la revolución que consideraban próxima, y del triunfo del comunismo libertario. Yo presentaba mis objeciones de hombre incrédulo y dogmático. Al salir de la cárcel pensaba:

—¡Quién sabe si lo que propugnan estos hombres, en vez de ser lo utópico del futuro, sea en Andalucía algo ancestral y tradicional!».

Durante la sexta escena de *Luces de bohemia*, Valle lleva a Max Estrella al calabozo de Gobernación y allí hace que se encuentre con un “preso”, en “blusa, tapabocas y alpargatas”, que resulta ser Mateo (¿Mateo Morral?) un trabajador anarquista catalán; todos tenemos en la mente su encuentro y el emocionante e intencionado diálogo que mantienen ambos...

ESCENA SEXTA El calabozo. Sótano mal alumbrado por una candileja. En la sombra se mueve el bulto de un hombre. Blusa, tapabocas y alpargatas. Pasea hablando solo. Repentinamente se abre la puerta. MAX ESTRELLA, empujado y tropicando, rueda al fondo del calabozo. Se cierra de golpe la puerta.

MAX: ¡Canallas! ¡Asalariados! ¡Cobardes!

VOZ FUERA: ¡Aún vas a llevar mancuerna!

MAX: ¡Esbirro! Sale de la tiniebla el bulto del hombre morador del calabozo. Bajo la luz se le ve esposado, con la cara llena de sangre.

EL PRESO: ¡Buenas noches!

MAX: ¿No estoy solo?

EL PRESO: Así parece.

MAX: ¿Quién eres, compañero?

EL PRESO: **Un paria.**

MAX: ¿Catalán?

EL PRESO: **De todas partes.**

MAX: ¡Paria!... **Solamente los obreros catalanes aguijan su rebeldía con ese denigrante epíteto.** Paria, en bocas como la tuya, es una espuela. **Pronto llegará vuestra hora.**

EL PRESO: Tiene usted luces que no todos tienen. Barcelona alimenta una hoguera de odio, soy **obrero** barcelonés, y a **orgullo** lo tengo.

MAX: ¿Eres anarquista?

EL PRESO: Soy lo que me han hecho las Leyes.

MAX: **Pertenecemos a la misma Iglesia.**

EL PRESO: Usted lleva **chalina.**

MAX: ¡El dogal de la más horrible servidumbre! Me lo arrancaré, para que hablemos.

EL PRESO: **Usted no es proletario.**

MAX: Yo soy el dolor de un mal sueño.

EL PRESO: Parece usted hombre de luces. Su hablar es como de otros tiempos.

MAX: Yo soy un poeta ciego.

EL PRESO: ¡No es pequeña desgracia!... **En España el trabajo y la inteligencia siempre se han visto menospreciados.** Aquí todo lo manda el dinero.

MAX: Hay que establecer la **guillotina eléctrica** en la Puerta del Sol.

EL PRESO: **No basta. El ideal revolucionario tiene que ser la destrucción de la riqueza, como en Rusia.** No es suficiente la degollación de todos los ricos. Siempre aparecerá un heredero, y aun cuando se suprima la herencia, no podrá evitarse que los despojados conspiren para recobrarla. **Hay que hacer imposible el orden anterior, y eso sólo se consigue destruyendo la riqueza.** Barcelona industrial tiene que hundirse para renacer de sus escombros con otro concepto de la propiedad y del trabajo. En Europa, el patrono de más negra entraña es el catalán, y no digo del mundo porque existen las Colonias Españolas de América. ¡Barcelona solamente se salva pereciendo!

MAX: ¡Barcelona es cara a mi corazón!

EL PRESO: ¡Yo también la recuerdo!

MAX: Yo le debo los únicos goces en la lobretez de mi ceguera. Todos los días, un patrono muerto, algunas veces, dos... Eso consuela.

EL PRESO: No cuenta usted los obreros que caen...

MAX: Los obreros se reproducen populosamente, de un modo comparable a las moscas. En cambio, los patronos, como los elefantes, como todas las bestias poderosas y prehistóricas, procrean lentamente. Saulo, hay que difundir por el mundo la religión nueva.

EL PRESO: Mi nombre es Mateo.

MAX: Yo te bautizo Saulo. Soy poeta y tengo el derecho al alfabeto. Escucha para cuando seas libre, Saulo. Una buena cacería puede encarecer la piel de patrono catalán por encima del marfil de Calcuta.

EL PRESO: En ello laboramos.

MAX: **Y en último consuelo, aun cabe pensar que exterminando al proletario también se extermina al patrón.**

EL PRESO: Acabando con la ciudad, acabaremos con el judaísmo barcelonés.

MAX: No me opongo. Barcelona semita sea destruida, como Cartago y Jerusalén.
¡Alea jacta est! Dame la mano.

EL PRESO: Estoy esposado.

MAX: ¿Eres joven? No puedo verte.

EL PRESO: Soy joven. Treinta años.

MAX: ¿De qué te acusan?

EL PRESO: Es cuento largo. Soy tachado de rebelde... No quise dejar el telar por ir a la guerra y levanté un motín en la fábrica. Me denunció el patrón, cumplí condena, recorrí el mundo buscando trabajo, y ahora voy por tránsitos, reclamado de no sé qué jueces. Conozco la suerte que me espera: Cuatro tiros por intento de fuga. Bueno. Si no es más que eso...

MAX: ¿Pues qué temes?

EL PRESO: Que se diviertan dándome tormento.

MAX: ¡Bárbaros!

EL PRESO: Hay que conocerlos.

MAX: Canallas. ¡Y éstos son los que protestan de la leyenda negra!

EL PRESO: Por siete pesetas, al cruzar un lugar solitario, me sacarán la vida los que tienen a su cargo la defensa del pueblo. ¡Y a esto llaman justicia los ricos canallas!

MAX: **Los ricos y los pobres, la barbarie ibérica es unánime.**

EL PRESO: ¡**Todos!**

MAX: ¡**Todos!** ¿**Mateo, dónde está la bomba que destripe el terrón maldito de España?**

EL PRESO: Señor poeta que tanto adivina, ¿no ha visto usted una mano levantada?

Se abre la puerta del calabozo, y EL LLAVERO, con jactancia de rufo, ordena al preso maniatado que le acompañe.

EL LLAVERO: Tú, catalán, ¡disponte!

EL PRESO: Estoy dispuesto.

EL LLAVERO: Pues andando. Gachó, vas a salir en viaje de recreo.

El esposado, con resignada entereza, se acerca al ciego y le toca el hombro con la barba. Se despide hablando a media voz.

EL PRESO: Llegó la mía... Creo que no volveremos a vernos...

MAX: ¡Es horrible!

EL PRESO: Van a matarme... ¿Qué dirá mañana esa Prensa canalla?

MAX: Lo que le manden.

EL PRESO: ¿Está usted llorando?

MAX: De impotencia y de rabia. Abracémonos, hermano.

Se abrazan.

EL CARCELERO y el esposado salen. Vuelve a cerrarse la puerta. MAX ESTRELLA tantea buscando la pared, y se sienta con las piernas cruzadas, en una actitud religiosa, de meditación asiática. Exprime un gran dolor taciturno el bulto del poeta ciego. Llega de fuera tumulto de voces y galopar de caballos.

Esta escena, marcada por una profunda emoción es acaso fruto del mismo tipo de acercamiento idealista al anarquismo del Baroja de *La busca* y de *Aurora roja*.

Pero, sin embargo, lo que me interesa destacar hoy, aquí, es el hecho de que, si se lee con atención, en esta escena de *Luces de bohemia*, hay un contenido político explícito y la exacta conciencia de una distancia objetiva, tal vez insalvable, con la clase obrera, que, aunque minoritaria en España, es actora, protagonista y gestora de un nuevo mundo, una realidad histórica a la que Max Estrella/Valle no pertenecen, a pesar de la innegable mutua empatía. Esa conciencia de la distancia y de sus causas, la conciencia de pertenecer a una fracción de clase diferente y de los límites ideológicos y materiales que ello supone, distingue definitivamente a Valle Inclán de Baroja.

3

En el caso de la *novela* de Unamuno, nos encontramos a don Manuel y a un Lázaro ya rendido al cura santo paradójico, hablando de las cosas del mundo; en realidad, del sinsentido del mundo. Lázaro, sin embargo, aún mantiene resabios de su pasada vida de acción, cuando vivía en la historia y creía en el sentido de las cosas, y para animar al cura le propone la fundación de un sindicato católico en la iglesia del pueblo...

-Otra vez -me decía también mi hermano-, cuando volvíamos acá, vimos una zagala, una cabrera, que enhiesta sobre un picacho de la falda de la montaña, a la vista del lago, estaba cantando con una voz más fresca que las aguas de este. Don Manuel me detuvo y señalándomela dijo: «Mira, parece como si se hubiera

acabado el tiempo, como si esa zagala hubiese estado ahí siempre, y como está, y cantando como está, y como si hubiera de seguir estando así siempre, como estuvo cuando empezó mi conciencia, como estará cuando se me acabe. **Esa zagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia».**

... / ...

E iba corriendo el tiempo y observábamos mi hermano y yo que las fuerzas de Don Manuel empezaban a decaer, que ya no lograba contener del todo la insondable tristeza que le consumía, que acaso una enfermedad traidora le iba minando el cuerpo y el alma. Y Lázaro, acaso para distraerle más, le propuso si no estaría bien que fundasen en la iglesia algo así como un sindicato católico agrario.

- **¿Sindicato?** -respondió tristemente Don Manuel-. **¿Sindicato? ¿Y qué es eso?** Yo no conozco más sindicato que la Iglesia, y ya sabes aquello de «mi reino no es de este mundo». **Nuestro reino, Lázaro, no es de este mundo...**

- ¿Y del otro?

Don Manuel bajó la cabeza:

- El otro, Lázaro, está aquí también, porque hay dos reinos en este mundo. O mejor, el otro mundo... Vamos, que no sé lo que me digo. **Y en cuanto a eso del sindicato, es en ti un resabio de tu época de progresismo.** No, Lázaro, no; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. **Piensen los hombres y obren los hombres como piensen y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad.** Yo no he venido a someter los pobres a los ricos, ni a predicar a estos que se sometan a aquellos. **Resignación y caridad** en todos y para todos. Porque también el rico tiene que resignarse a su riqueza, y a la vida, y también el pobre tiene que tener caridad para con el rico. **¿Cuestión social? Deja eso, eso no nos concierne. Que traen una nueva sociedad, en que no haya ya ricos ni pobres, en que esté justamente repartida la riqueza, en que todo sea de todos, ¿y qué? ¿Y no crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio a la vida? Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio... Opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe.** Yo mismo con esta mi loca actividad me estoy administrando opio. Y no logro dormir bien y menos soñar bien... ¡Esta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: «Mi alma está triste hasta la muerte». **No, Lázaro; nada de sindicatos por nuestra parte. Si lo forman ellos me parecerá bien, pues que así se distraen. Que jueguen al sindicato, si eso les contenta.**

Qué ha pasado para que el mismo hombre que ha estado colaborando con *La lucha de clases*, la revista socialista vasca desde 1898 hasta 1927, que, a principios de los años veinte, por ejemplo, ha intentado hacer virar al movimiento obrero socialista hacia un compromiso en el ámbito de lo político mucho más claro; que se enfrentó a la Dictadura y que sufrió destierro por ello; ¿qué ha pasado para que en 1931 se desmarque con esta *nivola* sobre la completa inutilidad de la acción y el sinsentido de todo, especialmente, de la lucha de clases? Una profunda crisis existencial, claro está; cansancio, desilusión. O la mera constatación de que los fines y objetivos que los trabajadores se han marcado, desde la Revolución de Octubre, no son sencillamente los suyos.

Ese umbral ideológico que no traspasan la mayoría de ellos, salvo Valle y Machado, es lo que nos interesa aquí, ahora, destacar; esa evolución que va de una cercanía emocional a la causa de los trabajadores y de, incluso, cierta radicalidad política, más o menos puntual o prolongada de los Azorín, Baroja, Maeztu o el propio Unamuno, a esa deriva existencialista, telúrica y conservadora en la que unos y otros caen, salvo los casos excepcionales, como he apuntado, de Valle Inclán y de Machado, que realizan, grosso modo, el camino inverso.

4

Si en la primera serie de Mairena, Antonio Machado ha hablado del pueblo y del trabajo, es en la segunda serie, durante la Guerra, cuando se expresa de un modo más claro y contundente, al respecto.

Como ya señalé en otra ocasión, don Antonio Machado, con esa rara y asombrosa lucidez que atravesó toda la etapa de su definitiva madurez intelectual y crítica, en el último de los epígrafes de uno de sus artículos que integrará luego la serie del *Mairena* de la Guerra, que lleva por título, *Apuntes de Juan de Mairena*, escribe lo siguiente:

«... Hoy hace seis años fue proclamada la segunda República española. Yo no diré que esta república lleve seis de vida; porque entre la disolución de las ya inmortales Cortes Constituyentes y el triunfo del Frente Popular, hay muchos días sombríos de restauración picaresca, que no me atrevo a llamar republicanos. De modo que, para entendernos, diré que hoy evocamos la fecha en que fue proclamada la segunda gloriosa República española. Y que la evocamos en las horas trágicas y heroicas de una **tercera República**, no menos gloriosa, que tiene también su fecha conmemorativa –16 de febrero– y cuyo porvenir nos inquieta

y nos apasiona...» (LIV, 15: “Lo que hubiera dicho Mairena el 14 de abril de 1937”)

Pues, para él, la República nacida en febrero del 36, con la victoria del Frente Popular, no era ya la República que nació de las municipales de abril de 1931; como la guerra en curso, en esos momentos, no era una “guerra civil”, sino una “guerra de clases”; pues esa Tercera República era una República Popular surgida de las cenizas de la Segunda, de naturaleza *ilustrada* e *interclasista*, secuestrada, primero, y muerta, luego, por las viejas clases del “bloque oligárquico”, del que hablaba Tuñón de Lara. Y en esa Tercera República, el conflicto central ya no es nacional ni territorial, sino de clases:

«... Algún día –decía mi maestro– se acabarán las guerras entre naciones. Dará fin de ellas la táctica oblicua de las luchas de clase, cuando los preparados a pelear de frente tengan que pelear de frente y de costado...» (“Sobre el porvenir militar del mundo”, en Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena (LV, 8)

Para Machado, desde la Revolución de Octubre, «... toda guerra está ya más o menos complicada con la revolución...» (Desde el mirador de la guerra. Viejas profecías de Juan de Mairena (LXXXIV); por lo que, al dirigirse a los intelectuales y artistas del congreso antifascista, en Valencia, el viejo maestro del 98 les avisa: «... si algún día tuviereis que tomar parte en la lucha de clases, no vaciléis en ponerlos del lado del pueblo, que es del lado de España...» (Sigue hablando Mairena a sus alumnos (LIII)

Más allá de las extrapolaciones altamente *idealizadoras* de los conceptos, Antonio Machado es consciente de sus propios límites ideológicos –de clase– heredados por él, y por toda su *generación*, a la hora de enfrentarse a la clase trabajadora (al pueblo), con la reivindicación de la vieja divisa *comunitarista* del “*nadie es más que nadie*”, propia del viejo pueblo de Castilla, da el santo y seña de conexión de ese pueblo vagamente idealizado con el “pueblo en armas” en una auténtica guerra de clases, protagonista de una revolución que debe cambiar las bases mismas de la historia.

«... ¿por qué nos asustan tanto las palabras?; si el barco necesita nueva tripulación y nuevos capitanes, ¿por qué no reclutarlos del mundo del trabajo, cuando el del capital es –por definición aceptada– el de las viejas ratas que corroen la nave...?» (Miscelánea apócrifa... (LXVII)

Antonio Machado, en 1938, traspasa, creo, así, la coyuntura y alcanza a la esencial naturaleza del Capitalismo, y al entero proceso de su devenir histórico, traspasando, así, los límites ideológicos de su fracción de clase y generación.

CODA FINAL.

hay dos afirmaciones de este sorprendente Machado...

Una es esta: “para los trabajadores la paz es más terrible que la guerra”; ya que

«... lo que llamamos guerra es para muchos hombres un mal menor, una guerra menor, una tregua de esa monstruosa contienda que llamamos paz...

... El mero hecho de que haya trabajadores parados en la paz, que encuentran, a cambio de sus vidas -claro está- trabajo y sustento en la guerra, en el fondo de las trincheras, en el manejo de los cañones, y en la producción a destajo de máquinas destructoras y gases homicidas, es un lindo tema de reflexión para los pacifistas...» (*Mairena póstumo. Desde el mirador... LXXVII*)

Y la otra es esta:

«... El hombre de la civilización occidental, va para buena persona, excelente padre de familia, que gana el pan cotidiano contribuyendo en la modesta medida de sus fuerzas al futuro aniquilamiento de la especie humana...» (*Desde el mirador de la guerra... LXXX*)